

Un cofre de nostalgia

–Y este será tu cuarto– exclamó Clara mostrándole a Marta el dormitorio asignado para ella dentro del internado. Ya todo estaba previsto y dispuesto, Marta pasaría aquel año en el que mamá estaba un poco enferma en aquel internado francés de Estrasburgo para asimilar el idioma y para facilitar su recuperación. Pero Marta estaba desolada pues a sus trece años era la primera vez que dormía fuera de casa y aunque era una niña fuerte e independiente poseía una gran sensibilidad.

– Muchas gracias, Clara –murmuró mientras arrastraba su equipaje hacia dentro del dormitorio. Clara había sido la alumna de un curso superior que debía mostrarle las instalaciones, las aulas y acompañarla en las primeras semanas de adaptación. Clara le indicó cuál era su propio cuarto por si tenía alguna urgencia y tras explicarle los horarios de comidas abandonó su dormitorio.

A pesar de todo, los días pasaron y Marta se unió al ritmo normal de comienzo de curso. Era una chica lista y trabajadora por lo que su rendimiento académico era muy satisfactorio. Sin embargo, Clara, que se la cruzaba por el comedor y por los pasillos, sabía de sobra que algo no marchaba bien en ella. La tristeza se le reflejaba en los ojos sin pudor y andaba sin energías, con falta de vida.

Así, un día Clara decidió visitarla a su cuarto tras la cena. Lo hizo a hurtadillas pues las señoritas vigilaban los pasillos. Llamó con disimulo a su puerta y cuando Marta le abrió, Clara pudo introducir un pequeño baúl de madera en el dormitorio.

– ¿Qué haces aquí?

– Chisst, calla, que no nos pueden oír.

– Pero ¿qué ese cofre?

Clara recuperó el aliento, se sentó en la cama de Marta y mirándola con seriedad le dijo:

-Sé que sufres. Sé que la nostalgia te impide adaptarte a este lugar y te hace deambular como un alma en pena pero debes saber que no has sido la única. -Marta la miraba con mezcla de admiración y confusión-. Antes de ti, cientos y cientos de muchachas han venido de todas partes de Europa a estudiar a este internado de Estrasburgo. Ellas como tú han echado tanto de menos su hogar que no eran capaces de avanzar. Este es un baúl secreto construido casi a la par que el propio edificio que moramos y se llama: Cofre de la nostalgia.

-¿Cofre de la nostalgia?

- Sí. En él, muchas alumnas han depositado, al llegar, escritos de todo lo que una anhelaba de su casa y su familia cuando internaban aquí. El escribirlo en un papel y abandonarlo en este pequeño baúl tiene un efecto liberador porque, de alguna manera, abandonamos a la niña nostálgica para hacernos mayores y continuar la situación que nos ha tocado vivir ahora. Es por ello por lo que, a principio de curso, si alguna sufre mucho la ausencia de su tierra y los suyos le ofrecemos escribir sus temores e impresiones en un folio y dejarlo aquí. Aunque lo más gratificante no es eso, sino que es el leer las nostalgias de otras niñas antes de escribir el tuyo.

-¿Puedo leerlas?

-Puedes leer dos. Esa es la norma, coges dos al azar y no más pues el fin de que las leas es que te sientas mejor y sepas que otras antes que ti han echado de menos muchas cosas y lo han superado.

Clara cogió una pequeña llave, abrió el cofre y se lo mostró a Marta para que escogiera. Había montones de folios doblados de distintas maneras. Se notaba aquellos que ya comenzaban a amarillear de los que apenas tenían un año. Agarró dos folios de distintas

esquinas y antes de marcharse, Marta le explicó que al día siguiente los recogería junto al suyo propio.

Cuando estuvo sola, Marta abrió la primera hoja con curiosidad.

15 de noviembre de 1989

Me cuesta creer que todo haya cambiado por completo en cuestión de semanas. Se me hace raro pensar que tan solo el mes pasado andaba de la mano de Nana por el paseo del Támesis, saludando a los malabaristas y payasos que pasan y que tanto me divierten. El domingo que viene me quedaré sin la bolista de almendras garrapiñadas a la salida de la iglesia de la catedral de San Pablo. Tampoco me llevará papá al lago St. James para ver los cisnes y darle de comer a los patitos. Aquí todo es serio y del mismo color, pero papá dice que no es para siempre y que tengo que aprender mejor francés. Aunque hay chicas divertidas y las señoritas están siendo amables conmigo añoro doblar la esquina de Merrick Square para llegar a casa. Esta noche, Nana no me tomará en sus brazos para leer junto al fuego "Peter Rabbit". Aquí no hay cuentos con dibujos ni conejitos. ¡Adiós Londres! ¡Adiós Peter Rabbit!

Marta sonreía melancólica al dejar la hojita en su cama. Parecía una niña menor que ella la de la carta, aunque la fecha indicaba que fue hace tres años cuando se redactó. Clara le había dicho que no debía escribir su nombre, solo la fecha. Ahora sentía curiosidad por saber quién era aquella niña que tanto añoraba la capital británica. ¿Seguiría en aquel colegio? Desde ahora se fijaría más en aquellas niñas que vinieran de allí.

Cogió la segunda carta que así decía:

12 de octubre de 1991

Escribo esto porque una compañera me asegura que de este modo estaré más preparada para afrontar lo que me venga en este internado y para dejar atrás a la niña que lloriquea en mi interior y que echa de menos el hogar. He de confesar, sin embargo, que una parte de mí grita que no, que en ningún caso he de olvidar por un segundo la sensación de seguir en casa con papá, con mamá y con los hermanos correteando por todas partes. Ya somos muchos en casa y a papá le preocupa que una sola institutriz no pueda enseñarnos a todos debidamente en casa, por lo que ha decidido repartirnos para continuar nuestra formación. Me consuela pensar que varios hermanos míos me extrañan ahora del mismo modo que yo a ellos.

Como última jugarreta y aunque ya seamos mayorcitas, mi hermana Viviana y yo estuvimos barriendo la casa en busca de algunas monedillas la última semana de agosto. Cuando encontramos lo suficiente para dos helados salimos a hurtadillas y pasamos la tarde paseando por las calles de nuestra ciudad Venecia. Mientras disfrutábamos de nuestro delicioso postre nos parábamos a contemplar los escaparates que traían la última moda de Milán. Fantaseábamos con la idea de que cuando volviéramos el verano siguiente de nuestros respectivos colegios seríamos lo suficientemente altas para presumir esos preciosos vestidos tal y como veíamos hacerlo a muchas bellas mujeres en la Piazza San Marco. Hasta que no he llegado aquí no me he dado cuenta de lo bello que es el lugar del que vengo. Estrasburgo es precioso y algunos edificios de aquí se asemejan a los palacetes venecianos que pertenecen a las familias de más alta alcurnia, pero aquí he descubierto que no todos pasean tanto y tan alegre y alborotadamente como lo hacen mis paisanos.

Desde aquí, con el pensamiento, envió unas dalias rojas a Venecia y otras a Viviana en su colegio pues tal y cómo nos explicó mamá estas significan “Te querré siempre”.

¡Esta era de ese mismo año! Era muy posible que pudiera conocer a esta italiana soñadora. Marta no había tenido ocasión aún de conocer la ciudad en la que ahora residía que era Estrasburgo, aunque estaba previsto en el internado hacer una excursión para enseñar el lugar a las nuevas alumnas. Su madre le había asegurado que era un lugar muy hermoso, pero a ella le desesperaba haber visto el sol únicamente en dos ocasiones desde que había llegado. A raíz de estos pensamientos se dio cuenta, como de golpe, de qué era realmente lo que le oprimía el corazón y le entristecía el alma. Cogió apresuradamente su cuaderno de clase, arrancó una hoja y comenzó a escribir.

3 de noviembre de 1991

Yo lo que he aprendido al llegar aquí y que no sabía antes de venir es que mi casa era la casa del sol y que al abandonarla lo he dejado a él también atrás. Tampoco sabía que en mi alma el pseudónimo de este astro era “alegría” y cuán bien conocemos este nombre secreto los españolitos del sur. Cuando aquí me trajeron pude apreciar desde el ventanuco del coche la belleza de los imponentes pináculos de las iglesias que se alzaban por encima de todas las casas y que llegaban a alcanzar las gruesas y cargadas nubes que en el cielo amenazaban. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que a pesar de que un caudaloso río que cruzaba la ciudad y a pesar de la belleza arquitectónica de los edificios, echaría horrorosamente de menos la luz y el calor de la ciudad natal.

En los días de verano, el abuelo nos daba permiso a mis primas y a mí para coger algunos limones y hacer con ellos limonada casera. En estos días, mamá se ponía manos a la obra a hacer deliciosos buñuelos y completar con ellos la merienda.

Entonces nos sentábamos con la refrescante bebida y los ricos dulces a ver pasar las minúsculas nubes que por los cielos del sur se aventuraban y adivinábamos sus formas y figuras.

Son estos recuerdos que ya forman parte del pasado y que estoy dispuesta a abandonar por un tiempo para darle la bienvenida a aquellos misterios y aventuras que me esperan aquí en esta ciudad de lluvia. De esta forma, me encuentro preparada para cuando doble este papel y lo guarde en el cofre esté guardando así el sol en él y comience a aprender a jugar junto a mis compañeras bajo las espesas nubes y los hermosos pináculos de este lugar.

Marta Solar